

MOSEN ARNAL

Por la ribera del Cinca, por los Monegros, y en otras zonas oscenses o ildenses, hace unos años era frecuente escuchar que el cura de Ballobar – uno de los pueblos de la provincia de Huesca perteneciente al obispado de Lérida – había sido secretario de Durruti durante la guerra del 36. Y en los comentarios no faltaba una nota de asombro respecto a aquel binomio, tan aparentemente dispar y contradictorio, formado por un clérigo – Jesús Arnal Pena – y Buenaventura Durruti. Pero el asombro, o la presunta leyenda, se verían definitivamente despejados o clarificados para los nula o medianamente informados, con algún testimonio de primera mano, como, sobre todo, fue un libro de mossèn Arnal titulado «Por qué fui secretario de Durruti». Un libro, de escasa tirada y difusión, por cierto, que, junto con informaciones proporcionadas por personas estrechamente allegadas a nuestro personaje, será la base del presente trabajo.



**“YO FUI
SECRETARIO
DE DURRUTI”**

Textos: Jesús Vived



Durruti (en el centro) con dos de sus colaboradores en el frente de Aragón.

Un trabajo, por otra parte, que se limitará a recoger o señalar algunos de los puntos o aspectos de tan sorprendente relación y sus ulteriores consecuencias. En cualquier caso, no estará de más advertir que nos encontramos ante dos personajes ya míticos, salvadas entre ambos unas lógicas diferencias de grado y proyección, pues si el saldo, en la adjetivación es superior para Durruti, no es menos cierto que mosén Arnal, en un área más restringida pasó a ser un personaje legendario. Sólo nos resta, antes de entrar en el meollo específico del tema, adelantar sintéticamente algunos datos biográficos de don Jesús Arnal. Nacido en el monegrino pueblo de Candanos (Huesca) en 1904, cursó sus estudios eclesiásticos en los seminarios de Lérida y Zaragoza, para luego, a lo largo de su ministerio atender varios pueblos rurales del obispado de Lérida, siendo el último Ballobar, donde murió en 1971.

Fugitivo

Julio de 1936. Mosén Arnal se encuentra como párroco de Aguinaliu, un pueblecito cercano a Graus. El peligro de un inminente fusilamiento acecha. Y escapa al monte. A los pocos días está ya en Barbastro, donde se hace pasar por miliciano y consigue del Comité un pase de libre circulación con el fin de ir a Candanos. Está a punto de ser identificado y decide escapar cuanto antes. A campo través, con la noche como aliada, entre escondite y escondite en pleno campo, hambriento y maltrecho, logra llegar a su casa nativa. Entra en contacto con el presidente del comité local, Timoteo Callén, un amigo de infancia, que se muestra dispuesto a ayudarlo. Pero por el pueblo ya empieza a saberse que mosén Arnal se encuentra

ARNAL-DURRUTI

allí, en efecto, unos milicianos van a buscarle para que preste declaración en el comité. Ingresó en el calabozo. Callén considera oportuno que mosén Arnal sea sometido a un juicio popular, entre otras razones, porque piensa que el veredicto de los vecinos no sería negativo... La gente se congrega en la plaza y mosén Arnal es sacado al balcón central del Ayuntamiento. Callén arenga al pueblo, que se pronuncia en favor de la vida del cura paisano. Con esta sentencia favorable Callén ya tiene un aval de garantía en favor de su amigo. Pero ¿y si llegan grupos incontrolados? El propio Callén opta por una solución más segura: llevarlo a la «Columna Durruti», ubicada en Bujaraloz, a pocos kilómetros de Candanos.

Su encuentro con Durruti

Tras una previa entrevista Durruti-Callén, mosén Arnal es presentado a Durruti. Este fue el diálogo:

«— Bueno y tú, ¿qué prefieres? ¿Irte a casa o quedarte en la Columna?
— ¿Es que tengo derecho de opción?
— Mira, te seré sincero. Si te marchas, algunos de esos grupos incontrolados te matarán, pues no siempre tendréis la misma suerte y si te quedas, yo respondo de tu seguridad, porque estarás bajo mi

*al amigo antiguo
militante, de la
Columna Durruti.
Jesús Arnal, su
cordialmente*

Ricardo Sanz

Galves 3-7-70

Dedicatoria que Ricardo Sanz hizo de su libro «Los que fuimos a Madrid».

absoluta protección. Sé los deseos de Callén y mi amistad hacia él es tan grande que sus deseos son los míos. Y aún te dire más: si te quedas me harás un gran favor, porque te encargarás de llevar la estadística de todo este personal, ya que no tengo gente de pluma que valga para ello.

— Nada tengo que oponer y creo lo mejor, para mi seguridad personal, quedarme bajo tu protección.

— Pues es cosa decidida. Escribe unas líneas a tu familia para tranquilizarles y les dices que te quedas en la Columna bajo mi protección y que yo respondo de tu seguridad. Recibir, equipar y destinar a todos los voluntarios que fueran llegando y hacer una estadística de todo el personal serían las tareas de quien muy pronto sería llamado dentro de la Columna el «secretario de Durruti», una denominación — diría mosén Arnal — que «tanto ha pesado en mí toda la vida».

Pasaban los días y el entendimiento y confianza entre Durruti y su «secretario» iban en aumento, dentro de unas relaciones presididas, sobre todo, por un gran respeto. Escribe mosén Arnal:

«Entró Durruti en mi oficina y me dice:

— Te traigo un regalo.

— ¿Si que te sientes espléndido!

— Dejó sobre la mesa un envoltorio. Y cuál sería mi sorpresa al desenvolverlo y encontrarme con una Biblia en latín.

— Tan pronto la vi, me acordé de tí y me dije: Esto para Jesús, que le hará muy contento.

— Muchas gracias, Durruti. Si que te lo agradezco, por el regalo en sí y más por el afecto que con ello me demuestras.

El caso de las milicianas «fusiladas»

Cuentan personas amigas de don Jesús Arnal la indignación que éste sentía

cuando años después de la guerra leía libros o reportajes en los que se tergiversaban hechos que él conoció o vivió intensamente. En una ocasión llegó a arrojar contra el suelo «Un millón de muertos» de Gironella. Una muestra de esas inexactitudes, según él, es la referente al fusilamiento de unas milicianas afectadas por enfermedades venéreas. Escribe don Jesús Arnal:

«En la ordenación de la Columna se presentó a Durruti un problema grave y que le preocupaba grandemente por las proporciones que adquiría día a día. Era éste el asunto de las enfermedades venéreas.

Las centurias estaban plagadas de milicianas, casi todas ellas salidas de Barcelona; muy pocas eran las procedentes de los pueblos de la comarca. El frente estaba entonces completamente paralizado y con razón podía afirmarse que las mujeres causaban más bajas en la columna que las balas enemigas.

Para remediar el mal, ordenó Durruti fuese instalado en Bujaraloz un hospital antivenéreo, donde exclusivamente fueron asistidos los afectados por esa enfermedad. Para asistir a los heridos ya existían otros hospitales de sangre.

Tanto interés llegó a poner en este asunto que cuando dábamos algún permiso para milicianos que se desplazaban a la capital nos tenía ordenado les proveyésemos de unos tubitos medicinales, el conocido «bleconol» y les explicásemos cómo debían usarlo a fin de evitar el contagio.

El mal no disminuía, antes adquiría proporciones alarmantes y Durruti decidió cortar por lo sano. Con un humor de mil diablos, entró un día en mi oficina de la venta y me dice:

— ¡Esto de las mujeres en la columna se tiene que terminar de una forma radical!

— Bien. Me parece una buena idea.

— Ponte en contacto con el Cuerpo de Tren y mandas cuantos coches consideres necesarios. Que recorran todas las centurias y recojan a todas las mujeres sin dejar ni una siquiera. Las trasladáis a Sariñena y en un vagón precintado, las largáis para Barcelona.

— Muy bien, jefe. Para esta clase de trabajitos, no podías encontrar a nadie más que a Jesús.

¿Pretendes que por el camino las vaya catequizando para que aprendan el sexto mandamiento?

— No pretendo más que una cosa y sé que tú la cumplirás.

¿Orden rigurosamente histórica, como su exacto cumplimiento!

Los beneficios obtenidos por esta orden fueron muy pasajeros y sólo resultaron un compás de espera, más o menos largo, ya que pronto fueron apareciendo mujeres por las centurias, posiblemente las mismas que habían sido remitidas a Barcelona.

¿No fueron, pues, asesinadas por el jefe!

Mosén Arnal en tiempo de la guerra civil.



Esta es la verdad que deseo resplandezca con toda claridad. Y repito que nadie hay en el mundo en mejores condiciones que yo para poder certificar sobre la misma.

Otro punto que el «secretario de Durruti», quiso dejar muy claro es el relativo a la quema de la catedral de Lérida, generalmente atribuida a la «Columna de Durruti». Lo cierto es que dicha Columna



Milicianos juramentando
contra la intervención alemana
representada por
el casco de acero
(frente de Aragón).



Entrega de banderas a las 119, 120 y 121
Brigadas Mixtas
de la 26 División per
la Agrupación de
Mujeres Libres (Catalunya).

Lérida. La orden no fue cumplida. Estas fuerzas — unos centenares de hombres —, al no suponer un número suficiente para formar una columna fueron incorporadas en Bujaraloz a la «Columna Durruti». Mosén Arnal, con arreglo al cargo que se le había encomendado, fue precisamente el que extendió las tarjetas a los nuevos pasó por Lérida el 24 de julio de 1936 y que el templo fue saqueado a finales de agosto. No cabe duda de que fue incendiada por fuerzas anarquistas reclutadas en Barcelona, que tenían orden de incorporarse al frente de Aragón sin parar en milicianos. ¿Castigó Durruti a los incendiarios de la catedral? Dice su «secretario»:

Lérida y la «Columna Durruti»

«Se dijo — y de esto ya no puedo estar tan cierto —, que enterado Durruti de los sucedido en Lérida, mandó formar a las fuerzas y les dijo:

— «Los valientes que han actuado en Lérida, que den un paso al frente.» Se rumoreó que hubo castigos muy fuertes, pero no lo puedo certificar. Concretando: la catedral de Lérida fue quemada por fuerzas anarquistas, pero estas fuerzas no estaban al mando de Durruti.»

Con todo, los comerciantes de Lérida eran objeto de continuos robos y requisas, con el consiguiente descrédito para la

«Columna Durruti», a la que eran atribuidos. Para terminar con esta enojosa situación Durruti comisionó a su «secretario» para que tomara cartas en el asunto. Este en un principio se opuso porque en Lérida era muy conocido y podía correr algún grave riesgo. «Llévate toda la escolta que quieras — le dijo Durruti —, como si quieres una centuria completa; pero deseo seas tú el delegado porque tengo confianza en tu capacidad para encontrar una solución.»

Mosén Arnal, acompañado por dos técnicos mercantiles y dos milicianos del cuartel general se trasladó a Lérida. «No sé — escribe — si por nuestra actuación o por temor a represalias que la «Columna» pudiese tomar, o por ambas cosas a la vez, pero lo cierto fue que el asunto fue de las requisas dio un gran frenazo y casi se patalizaron y con ello me di por muy satisfecho de poder llevar algo de tranquilidad a muchos inocentes dueños de establecimientos que, impotentes para impedirlo, eran robados impunemente.»

En nuestro próximo número hablaremos, entre otros puntos, de la versión que mosén Arnal da de la muerte de Durruti y de su incorporación al obispado de Lérida.